



CANOA DE JAVA HUYENDO DE UN TIBURÓN.

Recuerdo, dice John Barrow, haber visto en alguna otra parte del mundo, una cantidad tan considerable de *marrajo* (tiburón) como en la playa de Aujenia, (aídea de Java) donde eran continuamente cazados, porque allí acuden atraídos por los trozos de carne, que arrastra la ría y arroja á las costas.

Un día que me encontraba en aquella rada, lancé un harpon á uno de esos voraces animales desde la galería de popa del navio *Indostan*, y faltó poco para que no me arrastrase al mar. Luego que el animal sintió en sus mandíbulas el hierro, se sumergió tirando con toda su fuerza de la cuerda, que habiéndose enredado en el armazón de la galería, arrebató repentinamente una gran parte de la ba-  
austrada.

En la rapidez con que se torció la cuerda, lióse una punta á mi brazo; pero en el momento en que yo iba á ser arrebatado, apareció el cetáceo en la superficie del agua, y aflojó la cuerda para que pudiese libertar mi brazo, y salvarme. Confieso que estuve aterrado, pero mas al parecer lo estaba un jóven indígena, que se aproximaba á la popa del navio en una canoa cargada de frutas y legumbres. Su fragil es-  
quibe estuvo en gran peligro de zozobrar, gracias á los colazos y furiosos movimientos del animal. Los esfuerzos que hacia para alejarse del rabioso cetáceo, el temor pintado en sus facciones, ofrecían un espectáculo verdaderamente dramático, del que nuestro dibujante sacó rápidamente una cópia. El pobre indígena escapó del peligro, y el cetáceo, preso con un nuevo harpon, fué subido al navio. En su estómago se encontró la cabeza, una ternera y gran número de huesos. Tenía mas de dos pies de longitud.

### EL AMOR COMO ELEMENTO DE ARTE,

CONSIDERADO

en la poesía lírico-erótica de los provenzales.

(Conclusión.)

En estos pueblos, á quienes llaman salvajes los retóricos romanos y bárbaros los filósofos griegos, no es la mujer una cautiva despreciada, una vil sierva destinada tan solo á procurar pasaje-

ros solaces á su señor, ó á distraer sus vulgares ocios. En estos pueblos, como en el pueblo hebreo, la mujer es mujer, es madre, es esposa, es hija, es lo que debe ser: un ángel protector, de dulcis mo semblante, que se cierne risueño sobre la cuna do reposa la infancia y parece cubrirla, hermosísima paloma, con sus blancas alas, á la manera que cubren las ramas de melancólico sauce la tumba que descansa en la ribera del lago solitario: un ángel tambien, un celestial querube, un ser de indefinible esencia que se nos aparece envuelto en vagos y nebulosos vapores, tan luego como á la infancia sucede la edad juvenil: ser, mas divino que humano, que nos sonríe en esta edad de placer y ventura, que se mece ante nuestras miradas, como fantástica sombra que vaga por el horizonte en medio de serena noche; que llama á sí con fuerza irresistible nuestras primeras ilusiones, y las recoge cariñosas y las agita dentro de su seno como el aura de la tarde agita el áreo nido que pende de frágil rama: ser de celestiales formas, de indecibles encantos, de sobrenatural hermosura, al hombre nó mas á Dios solo comprensible; que nos sublima ó anodada; que roba nuestro corazón y le embelesa ó le atormenta y aniquila; que nos hace á veces suspirar de dolor, lanzar gritos de febril alegría, cual delirantes carcajadas de una mente loca, cual siniestra sonrisa de un semblante cada-  
vérico, cual ¡ay! desgarrador de un pecho convulsivo: sér purísimo y santo, en cuya casta mirada bebemos la luz que ilumina nuestra inteligencia y el fuego que alimenta nuestro corazón: ser, en fin, para la vejez grato como el rocío á los campos, como el sol á las flores, como el beso de la madre á la mejilla del tierno infante, como grato al que llora en solitaria torre, el canto nocturno del nauta que guía su nave sobre el lago apacible.

Tal es la mujer en estos pueblos. Una diosa protectora, un ángel consolador, un génio misterioso que guía, con mano cierta, los trémulos pasos de la infancia y vela sobre ella; que eleva y purifica el corazón de la juventud, cuando nó, tempranamente manchado por criminales vicios, y agranda é inspira su mente, cuando nó, lánguida y abatida y por estéril ociosidad devorada. Es un sér de exquisita naturaleza, de sobrehumana sensibilidad, que se adhiere á la ruda fortaleza del hombre, como endeble yedra al robusto tronco del árbol, para templarla y embellecerla. Es un sér siempre amigo, siempre fiel, siempre cariñoso, que no vive para sí sino para los demás, que pide á su inspirado corazón los consejos que ha de comunicar al corazón de

28 DE OCTUBRE DE 1855.

aquel por quien se desvela incesante. Un sér todo sentimiento, toda sensibilidad, todo amor, todo ternura.

Un sér que á veces ilumina nuestra inteligencia con inesperados rayos de sublime claridad, pero que siempre la sostiene y alienta cuando decae y desfallece. Un sér, en fin, preciosa y riquísima, aunque desconocida síntesis, aunque olvidado conjunto de todas las virtudes, de todos los encantos: fecundo manantial de belleza, fuente inagotable de sublime y á la par tierna y melancólica inspiración para el poeta, de ingenio para el artista, de sentimientos elevados para el filósofo, de graves reflexiones para el historiador, de profundas sentencias para el moralista.

Tal es la mujer entre los pueblos del Norte que tienen por morada la tosca cabaña que el viento derrumba ó el estrecho desfiladero de un oscuro valle, y por cielo la sombría espesura de sus incultos bosques: de esos pueblos indómitos que parecen tan solo cambiar sus afectos con las fieras que cruzan los lugares que habitan: de esos pobres pueblos, en fin, á quienes llaman *salvajes* los hombres cultos del Mediodía, los civilizados griegos y los graves romanos.

Tal es también el feliz, el lisonjero estado de la mujer entre los moradores de ese apartado rincón del imperio de Augusto, que parece protegido por la sombra que despiden sobre él los altos cedros del Líbano, y cuyos opuestos límites se confunden con las tranquilas olas del Mediterráneo y las aguas cristalinas del Eufrates. Componen sus olvidados moradores, tan olvidados de las demás naciones como los que habitan las selvas del Septentrion, un pueblo de todos ignorado, de historia de todos desconocida, cuyas tristes páginas, cual si fueran de sangre, parecen borradas del libro eterno de las de los demás pueblos y á quienes sus enemigos ó rivales, entonces como ahora, arrojan lodo y vergüenza á la cara y parecen fijarle sobre la enlutada frente, cual signo de infamia, el negro estigma de judío.

Compare ahora quien quiera la condición de la mujer en unos y otros pueblos. Tienan quien para ello tenga alientos una mirada sobre Grecia y Roma, sobre Cartago y Persépolis, sobre los desiertos arenales de Africa, y las feraces llanuras del Asia, sobre las selvas vírgenes de Alemania, y las riberas de eterno verdor orladas del majestuoso Boristenes ó del rápido Tanais, á cuyas aguas conducen los Alosanos sus negras cabalgaduras, ágiles las garzas que acuden á reflejar su esbelta sombra en las limpias olas del Nilo; tiéndala por toda la vasta extensión del mundo entonces conocido, por todo el espacio que abarca en su círculo de yerro el ancho poder de Roma, por todo lo que pueda descubrir desde las gigantescas cumbres del Atlas hasta las heladas cimas del Himalaya; déjala, en fin, extenderse por do quiera y vagar caprichosa por el ámbito inmenso que le traza el orbe y descubrirá quien tal haga, que es triste y muy triste la condición de ese sér de encantadora hermosura, aunque por el pesar anublada, de ese sér de peregrina pelleja, aunque por el llanto marchita, que los antiguos llamaban esclava y que nosotros apellidamos mujer. ¡Hallará, quien tal haga, que está roto el equilibrio en la balanza de la consideración social que á la mujer se debe; que sube en demasía uno de los platillos de donde pende, en perjuicio del otro que baja hasta tocar en tierra; que los países en que la mujer es mujer, es madre, es hija, es esposa y no despreciada cautiva, envilecida esclava, inmunda concubina, usual juguete del capricho del hombre, mueble gastado que aleja de su aposento; que esos países en que el hombre tributa á la mujer el homenaje que es debido á su belleza, el respeto que su virtud merece, el cariño con que se alimenta su ardiente corazón, siempre deseoso de amor, siempre hambriento de suaves emociones, en la vasta asamblea de los demás países, están en escasa minoría.

Tal desigualdad, tan marcado desnivel, tan lamentable trastorno, tan grande falta de armonía y equilibrio en los hechos humanos no puede prolongarse por mas tiempo. Harto ha durado ya esta obra inmoral de siglos de tinieblas, de espíritus malvados, de generaciones corrompidas. Para crimen basta. Basta también para el triunfo de la iniquidad sobre la virtud, del odio sobre el amor, de la repugnante fealdad sobre la seductora belleza. Harto ha sido hollada, por la ley fatal de los contrastes, la suprema ley de la sanción divina y humana. Harto ha sido desconocido, roto y humillado, el equilibrio que preside, como la diosa Temis en el templo de la Justicia, á los actos del hombre, de la familia, de la tribu y de la sociedad.

Ya es hora llegada para la mujer de entonar, cual inspirado Yoad por divina luz, cual iluminado Virgilio por natural claridad, el himno de nueva era de paz y ventura. Ya es venido el tiempo por la razón de Dios fijado, por la ley moral de la humanidad requerido, por el orden de los contrastes motivado y por la necesidad histórica, por la necesidad social explicado, de que cese el trastorno total de los hechos de la idea y del sentimiento; de que la ley moral, religiosa, política, social, filosófica y artística se cumpla; de que el equilibrio se restablezca; de que se equiparen, hasta ahora, las muy desiguales entidades del hombre y de la mujer; de que las cosas, en fin, vuelvan á su primitivo estado, del cual nunca debieran salir, cuando inclinada suavemente la

cabeza de la primera mujer sobre el palpitante seno del primer hombre, y enlazados sus brazos, como se enlazan entre sí las ramas de tiernas vides, parecían confundir en una sola bellísima estatua de blanco y fino mármol de Carrara, sus delicadas formas. Ya es ocasión oportuna de esclamar con el inspirado cisne de Mantua,

*Magnus ad integro sæborum nascitur ordo.*

El impulso está dado: el torrente desbordado entra de nuevo en su antiguo y tranquilo cauce: los hechos del mundo social siguen de nuevo su natural curso: la ley de la proporción y del equilibrio á que están sujetos recobra su perdido imperio: la mujer ha de continuar, de aquí en adelante, siendo mujer, no miserable esclava, no triste cautiva: sus desconocidos derechos han de proclamarse en alta voz y por do quier haya hombres: su noble estatura, antes postrada en tierra, ha de alzarse ahora imponente, como la sombra del que ha muerto en aleva traición se alza de la tumba para demandar venganza, y ponerse frente á frente á la estatura del hombre y permanecer así erguida: las diferencias han de borrarse para siempre: el nivel social ha de pasarse sobre la cabeza de ambos sin torcerse ni inclinarse un punto, al tocar en la cabeza de la mujer: lo que fué ha desaparecido: lo pasado no existe ya: el foso que separaba á uno de otro se ha cegado y sobre él se ha corrido el rastrillo nivelador: la mujer se ha hecho igual, del todo igual, al hombre. Mas aun: la ley del progreso, como todas las cosas humanas, recibe el influjo de las leyes de la proporción: la humanidad camina, el hombre también: lo que hoy es bueno, mañana ha de ser mejor: lo que en otro tiempo ha sido malo, hoy día ya no lo es: las cosas tienden constantemente á su mejoramiento y perfección: la humanidad, cual misteriosa locomotora, camina por medio de violentas sacudidas: el impulso de una rueda hace moverse y andar la otra: su trabajo es un tejido igual al de los eslabones de una cadena: no puede menearse un extremo sin que al punto se menee toda ella.

La mujer colocada al nivel del hombre ha de elevarse sobre él á medida que éste se eleve también en civilización y cultura. La civilización está reñida con la personalidad y el egoísmo y basada en las ideas contrarias. El hombre que siente su fuerza y abusa de ella, como en la antigua sociedad, no es hombre, es una inmunda bestia, una fiera del campo, un monstruo de la naturaleza. Si es fuerte, debe compartir con el débil su fortaleza; si poderoso, su poder; su elevación, si elevado. La belleza de su alma consiste en su hidalguía: la grandeza de sus ideas, en el uso que en favor de otros sabe hacer de ellas: la nobleza de sus sentimientos, en sus actos de generosidad, de virtud y heroísmo. El hombre debe ser, debe creerse y decirse inferior á la mujer, sino en el ancho círculo de la vida social, al menos en la modesta esfera de la vida privada, no por otra razón que porque es hombre, porque es representante de la fuerza, símbolo del poder; porque ejerce el mando, porque es en una palabra síntesis del valimiento social y porque es muy propio de una alma elevada, y porque sienta bien á un corazón hidalgo no hacer alarde de fuerza ante la debilidad. En la lucha social que se entabla entre el hombre y la mujer, cuadra muy bien al primero pretestar ignorancia del arma que maneja y dejarse vencer. El mérito de su derrota está en que podría salir victorioso. El cristianismo, al dulcificar la ruda fiera del hombre antiguo, al templar sus ásperas costumbres y desabridos modales, le dió ideas de generosidad, de hidalguía y caballerismo, antes desconocidas. Le hizo grande, noble, elevado, hidalgo, cumplido caballero, obsequioso galán, respetuoso marido. Hizole pródigo de su persona y de sus sentimientos para con la mujer. Dióle de esta la mas alta idea. Enseñóle á respetarla como madre, á quererla como hijo, á adorarla como amante, á divinizarla como esposo. Enseñóle cuán bello era pararse ante la mujer y contemplar estasiado su hermosura, y beber su mirada inspiradora, y respirar su áureo perfumado de candor y de inocencia, y quedar pendiente de sus labios olorosos cual las rosas del Pestán, y oír su palabra, grata como el susurro del agua, lánguida como el melancólico gemido del arpa eolia que suspira al contacto del viento, y dulce al corazón como grata al paladar, la miel del Híbla.

Dijo, en fin, el cristianismo al hombre, que no puede haber familia, que no puede existir tribu, que es imposible la sociedad, imposible el mundo si no ama, si no respeta á la mujer; si no rinde culto á su belleza; si no tiene en mucho los sentimientos de amor, de dulzura, de cariño, que brotan fecundos de su corazón, cual raudales de luz de un foco luminoso; si no admira la cantidad de sus ideas, la pureza de sus intenciones, la inconstancia misma de sus deseos hija, no de su corazón, sino de sus desengaños; el heroísmo y la sublimidad de sus actos vaciados en el perpétuo molde de la abnegación y del sacrificio; si no la eleva dentro de sí una ardo que me día y noche sabroso incienso en loor de sus celestiales virtudes.

Hé aquí como, de la perfección sucesiva de la inteligencia y del sentimiento del hombre en el mando moderno, nace su progresivo respeto hacia la mujer. Hé aquí como, yendo en aumento este respeto, en aumento también este culto y admiración, debe ser para él la mu-

no un sér igual á su propio sér, no; mas un sér sobrenatural, casi un ángel, una divinidad. Hé aquí, en fin, lo que fué en la primitiva sociedad cristiana, en esa oculta sociedad que tenía por morada las negras catacumbas de Roma sobre las cuales rodaban las carrozas de los Césares; lo que fué en la literatura sagrada de los padres de la Iglesia, en los primeros siglos del cristianismo; lo que fué en la mayor parte de las literaturas de Europa, y sobre todo en la española; lo que también debió ser en la literatura provenzal y lo que desgraciadamente no fué.

No olvidemos una cosa. En la literatura oriental, en la literatura arábiga, la mujer ocupa el mismo puesto que en la literatura sagrada, en la literatura de las modernas naciones cristianas. Reiteremos lo que acabamos de manifestar al final de nuestra anterior frase. En la literatura de Provenza no es lo que debiera la condicion de la mujer: su estado es un verdadero contrasentido; el puesto que ocupa una irrisión, una burla, un sarcasmo. La aguja que recorre la vasta esfera del tiempo ha permanecido inmóvil para ella: en los siglos XI, XII, y XIII, que atraviesa esta literatura en su rápida existencia, cual hada misteriosa que cruza el horizonte en la noche serena, la mujer se encuentra como en Grecia y Roma, cubierto el rostro con el velo del dolor, cual se cubre la estatua del tirano con el velo de ignominia, hinchados los ojos de ardientes lágrimas, desconocida su virtud, hollado su pudor, burlada su belleza, despedazado su corazón de virgen y de madre, y tan solo deseada, vil juguete que se tiene en la mano y luego se rompe, para satisfacer criminales, impúdicos deseos.

Pero no trastornemos el orden de nuestras ideas. No anticipemos detalles que vendrán en su lugar. Haremos luego la historia de la mujer entre los provenzales. Diremos cómo la aman, y cómo cantan himnos de alabanza á sus grandes virtudes. Diremos la fuente impura do beben la inspiración, el fuego sacrilego que arde en su pecho, encendido volcan que vomita de sus extrañas lavas abrasadoras y luz de siniestro esplendor; la idea infame que dirige hácia la mujer su mirada, seductora serpiente que dormida en la ribera del lago atrae con ayes lastimeros al incauto viajero; y aun reproduciremos también algunos de esos ecos pavorosos que se destacan, llantos de desesperación, gemidos de sombrío despecho, de su lira ronca y destemplada. Diremos todo esto y cuanto, ramas del tronco que con él se unen, con lo que acabamos de esponer tenga relación. Mas lo diremos en tiempo oportuno. Para comprender bien cómo cantaron los poetas de Provenza á la mujer, es menester decir antes cómo la cantaron los vates de Oriente, los vates de Grecia y Roma, y los primeros vates que produjo el Cristianismo. Aficionados á los estudios comparativos, no es extraño demos este giro especial á nuestro discurso. Cuando hayamos dicho cómo celebran á la mujer los vates de la literatura provenzal, diremos también cómo la celebran los poetas de la literatura arábiga. Volveremos con esto al punto de donde partimos. Nuestros lectores nos perdonarán los rodeos.

ANTONIO DE AQUINO.

## AVENTURAS DE UN LOCO CORONADO.

(Continuación.)

La incomodidad era grande y la noche se oscurecía cada vez mas sobre aquel monton de cosas en desorden. Los caballos no encontraban donde poner el pié, se hundían algunas veces en la nieve hasta las rodillas; otras veces iban á chocar con los troncos de árboles, que como grandes cadáveres se encontraban tendidos en el camino, si camino puede llamarse al sendero casi trazado por el hacha en el corazón de la selva. La nieve se había amontonado de tal manera en derredor de ellos y de sus ginetes, que formaban entre unos y otros dos estatuas ecuestres de mármol blanco. Decididamente Carlos XII y su compañero, pagando cara una temeridad inútil, estaban perdidos. No había salvación para ellos, dirigiéranse á un lado ó á otro: el único partido que tenían que tomar era el de no pararse, á menos que quisieran condenarse á morir de frío en medio de aquella noche, mas oscura cada hora y mas helada.

—Mi hermano Pedro Alexiowitz, dijo el rey, mirando al cielo, me pagará esta carrera en los dominios que ha querido tomarme, porque al fin, aunque el paraje no es hermoso, yo estoy en mi casa.

—Y tanto estais en vuestra casa, señor, que hé aquí á vuestros vasallos, que vienen á rendiros homenaje. ¿Oís sus gritos?

—¿Lobos?

Reginold no tuvo necesidad de hablar mas, porque tres lobos de brillantes ojos lanzaron tres ahullidos y tres llamaradas al cortar el camino, con saltos que indicaban que estaban hambrientos.

—Esto se va poniendo sério.

Reginold cogió una de sus pistolas y la amartilló.

—Lo mas tarde posible, amigomío, porque si no matamos, nos matarán, dijo el rey. Idos al diablo si quereis, añadió en seguida, saltando la brida á su caballo: bastante tiempo os hemos conducido, ahora, conducidnos.

Y los dos caballos fueron abandonados á sus propios instintos: á ellos se confiaba el salvar á sus dueños del peligro comun. Los caballos comprendieron: el miedo, sobre todo, aumentó su inteligencia, y corriendo á todo escape sobre la nieve entre dos filas de lobos, cuya timidez acaso no duraría siempre, llevaron á los dos caballeros al espacio que remolineaba.

—¡Viva la guerra! exclamó el jóven principe en medio de aquella carrera peligrosa. Es una felicidad que mi reino se goberne, y que mis pasiones se callen ante la gran pasión de la guerra.

Precipitóse un lobo al cuello de su caballo; pero apenas habían rozado sus dientes la piel de la bestia, cuyo cuerpo todo se había estremecido, cuando le abrió la cabeza de un pistoletazo.

Luego repuso tranquilamente:

—¿Qué has hecho en Copenhague durante las fiestas que allí se os han dado, Reginold? Se dice que en las del baron de Sandel había mujeres muy lindas.

—Sí, señor; pero ese lobo...

—No te hablo del lobo, replicó el rey riendo, sino de las mujeres dinamarquesas.

—Sabeis que son muy amables para los extranjeros, y que en general son bastante débiles para con los vencedores?...

—Te encuentro melancólico al decir una cosa bastante alegre, Reginold; ¿me ocultarías alguna pasión que galopase con nosotros en este momento? Mas vale tener cerca lobos, aun cuando sean rabiosos... ¿Ves?

—Oh, sí!...

—Decididamente, Reginold, creo que has adquirido el mal que yo he desechado.

—¿Se desembaraza uno de él cómo y cuándo quiere?

—Cómo y cuando puede.

—¿Se puede siempre?

—¿Has hecho como yo? ¿has arrojado al mar las cartas y el retrato de la que amabas? porque veo que has amado, que amas todavía... mala cosa para la guerra. En virtud de un movimiento puramente maquinal producido por el resorte tan poderoso del recuerdo, olvidando Carlos XII que había cambiado su traje con el de Reginold, metió su mano en los bolsillos.

Reginold lanzó un grito... se acordó con un sentimiento indecible de terror que en su celo por ocultar al rey bajo su traje había olvidado que en uno de los bolsillos de aquel traje se encontraban las cartas y el retrato de la falsa condesa de Königsmarsk, de Georgina, en fin, cartas y retrato que el rey durante la travesía de Stokholmo á Copenhague le había dicho que arrojase al mar.

—¿Qué tienes? preguntó el rey, sacando bruscamente la mano del bolsillo para coger una pistola.

—Otro lobo todavía, señor.

—¿Dónde?

—Allí.

Por un concurso milagroso de circunstancias, que no era sin embargo un milagro, saltaba un lobo desde un foso del camino sobre el rey, que le mató al vuelo.

—Un momento, dijo el rey, cogiendo en seguida un cartucho del bolsillo de su pantalón, donde felizmente no había ni cartas ni retrato... necesito cargar estas armas para otros lobos.

—¡Luz! gritó en el instante mismo Reginold.

—¿Hacia dónde?

—Delante de nosotros, señor, rectamente delante de nosotros.

—Sí es una ciudad, es infaliblemente la capital de los lobos. Los caballos no nos han engañado... Vamos, mis bravas bestias, tendreis buena cuadra, buen pienso y buen sueño, y á fé mia que bien lo habeis ganado. Adelante, adelante.

La felicidad de encontrar un albergue hubiera sido también muy dulce para Reginold, porque estaba helado y quebrantado de fatiga; pero aquella desgraciada imprudencia que había cometido de no sacar aquellas cartas y aquel retrato al prestar su traje al rey... Semejante pensamiento bastaría para emponzoñar un diluvio de alegrías.

No hubo necesidad de estimular el ardor de los caballos, porque corrieron por sí propios hácia la cabaña adonde el olor del heno los atraía.

Al acercarse á aquel paraje habitado habían huido los lobos. Nuestros dos caballeros seguían el camino, al extremo del que brillaba aquella luzcecita á través de las hendiduras de los matorrales, cuando oyeron en dirección opuesta á la que seguían el ruido de un galope que al principio les pareció un eco del de sus caballos. Pero habiéndolos detenido un instante y continuando el mismo ruido, no dudaron ya de que fuesen también gentes montadas sobre caballos que pasaban cerca de

allí. Prosiguieron su camino, y al cabo de algunos minutos se encontraron en el cercado que rodeaba la cabaña. Pero la luz acababa de apagarse de repente.

—Señal evidente de hospitalidad, dijo el rey.

—Como la bala que hemos recibido hace poco es una señal de amistad, añadió Reginold. Nada bueno auguro de esa oscuridad repentina.

—Ni yo tampoco.

—Veamos, dijo Reginold, llamando á la puerta de la cabaña sin apearse del caballo. ¡Ola! ¡eh!

Ninguna voz respondió de la parte de adentro.

—¡Ola! ¡eh! dijo á su vez Carlos XII llamando mas fuerte. Nada, ninguna señal de vida.

—Somos dos pobres comerciantes que vamos de Pernaw á Tolchef; hace un tiempo muy malo; dadnos hospitalidad por esta noche, si os agrada.

Nadie respondió.

—Y cuándo se piensa, murmuró el rey, que esa es la casa de uno de mis súbditos.

Reginold añadió después de algunos segundos de espera:

—Cuando os decimos que somos comerciantes pudiéramos añadir que somos contrabandistas.

—No está mal, dijo el rey; y si después de ese título no abren, no tenemos mas que ahorcarnos.

—O ahorcarles, dijo Reginold con mal humor.

—Dulcemente, Reginold, que esas gentes están en su casa.

—¿Y no estais vos en la vuestra?...

Durante este diálogo en voz baja entre el rey y Reginold, las personas á caballo que habian oído pasar se encontraron de repente á la puerta de la cabaña. El poco ruido que habian hecho se explicaba por el camino que habian tomado. Sus dos caballos, porque eran dos caballeros, habian atravesado una especie de foso lleno de nieve abierto detrás de la cabaña.

Su presencia súbita causó algun asombro á Carlos XII y á Reginold, que respondió en idioma alemán, lo mismo que el rey, al saludo de los extranjeros.

—Tal vez, les dijo Carlos XII, sereis mas felices que nosotros para con esas gentes honradas que no han querido abrirnos la puerta.

—¡Ah! no han querido abrirnos, dijo el que parecia de mas edad y mas alto de los dos extranjeros. Y dió con su bota un golpe tan violento á la puerta, que toda la cabaña tembló como si hubiera sido de carton.

La voz de aquel extranjero era formidable.

—¡Abrid! gritó con un tono que anunciaba la resolucion de pasarse bien pronto sin el consentimiento de los habitantes de la cabaña para abrir su puerta.

—¡Abrid! en nombre del rey.

—Hé aquí uno, pensó Carlos XII, que no me cree tan cerca de él.

—¿De qué rey? preguntó una voz que salió de la única ventana colocada bajo el techo de la cabaña.

—Me gusta la pregunta, dijo Reginold.

Y los cuatro extranjeros se echaron á reir, á pesar del poco deseo que de ello tenían.

—¿Cómo de qué rey?

—Es que nosotros contamos tres en este momento en Livonia y en Ingria; en primer lugar el rey de Polonia, que sitiaba á Riga no hace quince dias; después al Czar Pedro Alexiowitz, etc., que se ha apoderado de la Ingria, y después al rey de Suecia, que viene para recobrarla. Este bien vale por tres reyes.

(Continuará.)

## POETAS FAMOSOS.

Antar ó Antara Ebn Xedad, el Absita.

En la historia de todos los pueblos hay una época lejana y oscura en que los sucesos verdaderos se encuentran mezclados con los cuentos y las fabulas, y que la imaginacion del hombre, amaga delo misterioso y lo desconocido, reviste de cierto carácter ideal y maravilloso. Esta época, que es la primitiva del nacimiento y primer desarrollo de las naciones, rodea con su interés, así á los personajes como á los acontecimientos que la pertenecen, y en ella se ven siempre aparecer señalados héroes, que se engrandecen y aventajan mas por los tiempos que acazaron, que por los hechos y proezas personales que llevaron á cabo. Tales personajes son en verdad los que cada pueblo escoge para su epopeya, y aunque mas hijos de la imaginacion que de la realidad, obtienen por siempre en él nombre y celebridad imperecedera, porque son como retratos de la época en que empezaron á correr los

destinos de la nacion, y personifican su espíritu, tendencias y carácter especial, que nacen con ella misma, y que jamás destruyen por completo los siglos ni las revoluciones.

Tambien en la infancia de la nacion árabe se cuenta una época romanesca y fabulosa, y en ella sobresale, entre otros, un héroe, famoso poeta y caudillo al par, á quien si la historia coloca en alto puesto por su ingenio para las letras y su valor en las armas, las tradiciones y espíritu maravilloso y admirador de los árabes le atribuyen hazañas portentosas y casi increíbles. Así en los tiempos de oscura historia, en que tuvo principio la restauracion del poder cristiano en España, nuestras crónicas y romances ensalzan y encarecen las proezas inauditas y singulares de Bernardo del Cárpio y del Cid.

Antara Ebn Xedad el Absita es el héroe de los árabes á que aludimos. Como el ciego de Smyrna á los tiempos fabulosos de la Grecia, el Abul Jawaris (1) del Arabia se remonta á la edad llamada por los adeptos del profeta Alchailia (2) ó del gentilismo. Antara, el caballero de los caballeros (3), no solamente ofrece el tipo del poeta, sino tambien el del héroe: es al par el Homero y el Aquiles de su nacion. Por su vida, al par poética y guerrera, podemos compararle con los Ercillas y Garcilasos españoles, y los Camoens lusitanos; pero su lira es, por decirlo así, mas militar que la de aquellos, porque perteneció á un pueblo altamente belicoso, y que aparte del pastoreo y guarda de sus ganados, no conocia otra profesion que la de acometer escursiones y empresas de armas contra enemigos y estraños. Si hay algun tipo en la historia de otras naciones que ofrezca cumplida semejanza con el árabe Antara, es sin duda el griego Tirteo. Ambos héroes, valerosos, desgraciados, virtuosos, amantes de su patria, manejan para enaltecerla, ya la espada, ya la lira. Cantan, porque el triunfo ó la derrota les arrancan un acento de alegría ó de dolor en los campos de la lid: sus cánticos son el aliento y sosten del que combate, el elogio del vencedor, el consuelo y esperanza del vencido; son, en una palabra, el himno de la guerra. Nuestro héroe, tal como le pintan la historia y las tradiciones, es el tipo primitivo de los caballeros de la edad media: especie de Bayardo árabe, en quien se mira personificada aquel espíritu de honor, de lealtad, de portentoso valor, de adoracion al sexo hermoso, que animaba á los árabes, y que con las armas musulmanas se extendió del Oriente á los pueblos de la Europa, ennobleciendo y engrandeciendo luego en ella por la creencia y la moralidad cristiana.

La gloria, que en pos de sí dejó Antara, fué grande como lo habia sido su ingenio, como lo fueron las agitaciones y azares de una vida toda de abnegacion y heroismo. Los árabes llegaron á considerarle como el tipo de sus héroes: sus hechos valerosos en la guerra los miraron como el mejor ejemplo que debian proponer á sus soldados y caudillos. Pero todavia Antara llegó á alcanzar otra gloria mas envidiable. En aquellos tiempos de costumbres desenfrenadas, en que la venganza, el pillaje y otros mil escesos, nacidos de la falta de leyes y de religion, mancillaban á los árabes, sin que fuesen bastante compensados con la generosidad hospitalaria, y la lealtad y patrocinio para con sus deudos y aliados, únicas virtudes que florecian entre ellos, Antara descolló y se hizo amar por su desinterés, su liberalidad, su moderacion y el amparo que concedia al débil contra el fuerte, al oprimido contra el opresor, y por todo linaje de nobles prendas. En el poeta Antara despuntó para los árabes una brillante aurora de moralidad y civilizacion. Por eso la historia de la vida y hechos de Antara, monumento levantado por los árabes á la gloria de tal héroe (4), es la epopeya de esta nacion. Cuando los árabes en los siglos medios dominaron desde el oriente al occidente, encendiendo una gran antorcha de ilustracion en las tinieblas de aquella edad, la fama de Antara corrió desde el Irac, el Nichiz y el Yémen, cuna del pueblo árabe, hasta las remotas partes de España. En las obras de Ebn Alcutia (5), Ebn Jacán (6), Ebn Wudzeil (7), Ebn Bedrun (8); Abu Thabib el Rondi (9), y de otros muchos árabes españoles se hace gloriosa mencion del bérce del desierto. Antara, en fin, es igualmente grande, ya se le considere como guerrero ó ya como poeta. Como guerrero, su valor y su destreza en las armas y en la gineta son proverbiales entre los escritores árabes de todos los tiempos. Como poeta, sus versos fueron para

(1) El padre de los caballeros, honrosísimo dictado que dieron los árabes á Antara.

(2) Alchailia significa propiamente la ignorancia.

(3) Farcaifawar es el caballero por excelencia.

(4) Este poema es la Sira que mencionaremos después.

(5) Famoso historiador de España y natural de Córdoba.

(6) Celebrado literato andaluz nacido en Sijra Alwadd, alqueria de la jurisdiccion de Alcalá la Real. Murió en el año 529 de la egira 1155 de J. C. Véase el fragmento de sus obras publicado por Dozy en sus *Scriptorum Arabum loci de Abbedidis*, Leiden, 1846 (pág. 37 y sig. del tomo I).

(7) Famoso escritor de arte militar en el capítulo XIX de su obra titulada «Regalo de las almas y clámide de los habitantes del Andalus». M. S. de la Biblioteca del Escorial. Nació en Granada hacia mediados del siglo VIII de la egira XIV de nuestra era.

(8) Literato árabe, natural de Silves, es en Portugal, en su comentario al célebre poema de Ebn Abdun, publicado por M. Dozy en Leiden, 1846 y 47.

(9) Es decir, el rondón; en sus misceláneas de historia y literatura árabe.

los árabes lo que para la nación griega los de Homero, animando á aquellos conquistadores en las primeras expediciones y guerras, que los llevaron á su engrandecimiento. Lo que mas prueba la fama sin rival que goza Antara entre los árabes, es el conocerse desde lo antiguo en el oriente y en Africa ciertos recitadores llamados *antaries* (1) cuya única profesion es la de leer y cantar, ya en los aduares, durante las veladas y diversiones nocturnas llamadas *zambra*s, ya en los bazares y otros lugares públicos, los versos del poeta guerrero y sus hazañas, tal cual las describe el poema titulado *Sira Antara*. Los árabes formando círculo en torno del recitador, asisten á esta lectura, si, con profunda atención y religioso recogimiento, mostrando con sus ademanes el vivo interés y admiración que les inspira el mayor de sus antiguos héroes; así como los capitanes y soldados griegos se agrupaban en derredor de los rapsodas, que les recitaban trozos de la *Iliada* y la *Odisea*. Antara alcanzó además el supremo honor, á que podía aspirar un poeta en aquella nación y en aquellos tiempos, honra que solo alcanzaron siete poetas entre los innumerables que produjo la Arabia en aquella época. Los árabes tributaron á Antara este honor sin par, escribiendo con caracteres de oro uno de sus poemas (2) sobre las paredes de la Caba, templo de Mecca, consagrado por esta nación á la deidad de la poesia. El mismo Mahoma rindió al caudillo poeta el homenaje de su admiración con aquellas notables palabras, que han contribuido á acrecentar y extender la reputación de Antara entre los árabes islamistas. Dijo en cierta ocasion: «Nunca he oído hablar á un árabe del desierto á quien haya deseado conocer, sino es Antara».

La vida y hechos de Antara merecen ser examinados muy particularmente, por ser uno de esos géneos marcados visiblemente con el dedo de la Providencia, y que dotados de un poder y fuerza sobrehumana é irresistible, se alzan á pesar de todas las desventajas, obstáculos y contrariedades, á ocupar el puesto y á cumplir la misión que Dios mismo les ha señalado. Aunque los estrechos límites, que nos es forzoso dar á estos artículos, no nos consienten el entrar en copiosos pormenores sobre la vida de nuestro héroe, procuraremos no omitir en nuestro breve relato los hechos y noticias mas importantes, que á este propósito no subministraran, no ya las tradiciones y los cuentos sino los historiadores árabes mas dignos de fé.

Antara (3) hijo de Xeddad y de linaje Absita ó de la tribu de Abs, una de las mas poderosas, que moraban á la sazón en los desiertos de la Arabia, nació por los años de 550 de nuestra era. Aunque destinado á alcanzar alta gloria y renombre, grandes contrariedades y desgracias le rodearon desde su mismo nacimiento. La mayor de todas fué haber nacido de condicion esclavo, porque si bien por parte de su padre emparentaba con lo mas noble de la tribu de Abs, y con el mismo rey Zobeir, su madre era una esclava habisinia, por nombre Zebiba, á quien habia cautivado el caudillo Xeddad en una de sus expediciones guerreras. Gran afrenta era entre los árabes el no encerrar en las venas sangre enteramente libre, y los que incurrian en esta nota, difícilmente lograban la libertad: no debían ceñir espada, ni tomar parte con los guerreros de pura raza en los combates, sino guardar ignominiosamente los ganados de la tribu y servir á los demas. Antara, sin embargo, desde su misma infancia, comenzó á dar notables muestras de valor é ingenio, y á hacer frente con tales prendas y merecimientos á las preocupaciones de su pueblo.

Siendo esclavo y casi niño todavia se ejercitaba en tirar al blanco, en esgrimir la espada y en jugar la lanza, en cavalgar bravos corceles, en perseguir y dar caza á las fieras del desierto y finalmente en componer canciones y poetas, ora amorosas, ora guerreras. La naturaleza, en desagravio sin duda de haberle dado tez atezada y la ruda fisonomía de un etiope, le habia dotado de gran robustez y fuerzas hercúleas. Con tales ventajas logró hacerse temer y respetar, eludiendo en parte las persecuciones y afrentas, que le acarrea su humilde condicion.

## II.

El amor ocupa una página muy interesante en la historia de Antara. Era costumbre de todo árabe distinguirse al tener una dama de sus pensamientos, á quien rendir el culto de su amor, á quien consagrar los trofeos de sus victorias, á quien invocar en los combates, á quien celebrar en sus versos, y finalmente por quien empeñarse en empresas y aventuras (4). La amante de Antara fué Abia. Digna de los afectos que inspiró al héroe, hermosa, pura, amorosa y constan-

(1) Sobre estos recitadores del poema de Antara véase á Niebuhr: *viaje á la Arabia*. Lamartine: *viaje á Oriente*, etc.

(2) Este es el poema llamado *Mouláca*, de que hablaremos después.

(3) Antara significa en la lengua árabe la fortaleza y el heroísmo en la guerra, nombre que siendo niño dieron á nuestro héroe, como en pronostico de lo que llegó á ser.

(4) Ya observamos mas arriba que el espíritu caballeresco, que tanto se extendió en Europa en la edad media, traxo su origen de los árabes, y particularmente de nuestro Antaro, el padre de los caballeros.

te, Abia, en la historia de estos amores ofrece un tipo seductor y celestial de mujer con todos los encantos y el idealismo que debían entusiasmar la imaginación poética de su amante. Antara, que no repara en imposibles, dáse á conocer en una gloriosa hazaña á esta Abia, doncella noble y hermosa, hija del emir Malic, y enamórase ciegamente de ella. Atrévase á aspirar á su mano, sin pensar en que todavia es un miserable esclavo, porque su mente vé en presentimiento el porvenir de gloria que le espera, y para llegar á alcanzarla, le ha de bastar con un esfuerzo de su ingenio y valor. Esta pasión ardiente y profunda concebida en los dias de su esclavitud, le dió aliento para conquistar su libertad, y lograr puesto y gloria que le hiciesen digno de ella. Su esfuerzo, su rendimiento amoroso, y la heroica abnegación, con que se arriesga á todos los peligros por merecer su emancipación y lograr el afecto de la que adora, van ganando el corazón de la tierna y dulce Abia.

El autor del mencionado poema *Sira* consagra parte considerable de su libro á la novelesca relacion de estos amores, mezclando á los trances de las guerras, aventuras, empresas y batallas, los sucesos y escenas de amor entre Antara y Abia. Estas dos grandes figuras del poema y en quienes recae su mayor interés, tan ideales y perfectas cada una en su género, se ven admirablemente reunidas en un cuadro encantador en los siguientes versos de la *Sira*, que forman parte de una canción que las esclavas de Abia entonan en su elogio:

«Abia es la gacela, que caza al leon con sus ojos enfermos de amor, pero puros.

«Antara, empero, es el caballero de los caballeros, el leon de la selva, cuando batalla; mas copiosa como el mar es su indulgencia.

«Y nosotras somos flores fragantes, con el perfume de las violas y de la planta del alcanfor.

«Y Abia entre nosotras como una rama del ban (1), sobre la cual se alza la luna ó el sol de la mañana.»

Antara halla al cabo la venturosa ocasion de conseguir su libertad. Los guerreros Absitas le habian rehusado siempre el honor de admitirle consigo en sus expediciones y empresas. Sucedió, empero, que los Benu Thari, sus enemigos, acometieron de sobresalto el real de los Absitas, en tanto que se miraban ausentes la mayor parte de los guerreros. Las mujeres y la hacienda de los hijos de Abs halláronse en grave riesgo de ser presa de los Thaitas; en tal conflicto, Xeddad, uno de los pocos guerreros que habian quedado en los reales, llamó en su socorro á su hijo Antara, que segun costumbre, guardaba los camellos de la tribu. «Corre á combatir, oh Antara», le dijo. «Antara, rehusando en apariencia, le replicó. «El esclavo no es de provecho para pelear contra el enemigo, sino para cuidar del ganado y ordeñar la leche.»—«Volvíale á llamar su padre, exclamando: «Corre á combatir; de hoy en adelante no eres ya esclavo, sino mi hijo.»—Cuanta fuese la alegría que sintió Antara con estas palabras y el denuedo y valor que al oirlas encendieron su ánimo, escedió á todo encarecimiento. Como furioso leon, arrojóse sobre los enemigos, los desbarató, hizo gran mortandad de ellos, y ayudado de los demas Absitas, animados por su ejemplo, rechazó á los hijos de Thari, poniéndolos en vergonzosa fuga.

Libre Antara, miró abrirse ante sus ojos todo un porvenir de gloria. La victoria alcanzada contra los Thaitas no fué sino el preludio de mil triunfos y hazañas, con que se señaló en adelante. Los obstáculos que se oponían á sus altas miras, se disminuyeron, y comenzó á realizarse sus sueños de grandeza. Sus proezas y su ingenio le acarrearón, al par que admiradores, no menos riales y enemigos.

Peleeando en cierto trance en compañía de los guerreros de su tribu contra los Benu Temm, su valor dió la victoria á los hijos de Abs. Cais, hijo de Zobeir, caudillo de los Absitas, dijo á los suyos con ironía cuando volvieron del combate. «El hijo de la negra ha salvado á los nuestros.»—Antara, á cuyos oídos llegaron las palabras de Cais, dictadas sin duda por la envidia, recitó entonces, entre otros, estos versos notables.

«Yo soy un hombre que tengo de bueno, por mi linaje absita, la mitad de mi persona; pero la otra mitad la defenderé con mi acero.

«Cuando la flor de nuestros ejércitos flaquea y retrocede, y los mas fuertes guerreros toman la fuga, en aquel trance combato yo por los míos mejor que los que cuentan escelsos é ilustres todos sus progenitores.»

En otra ocasion, altercando con un absita, que le echaba en cara su color negro, y su nacimiento de una esclava, improvisó Antara, para confundirle, el mejor y mas apreciado de sus poemas, que se nombró *Mouláca* y *cassida adzhebia*, porque obtuvo el singular honor de ser escrito con oro y espuesto á la pública admiración en

(1) Esta Comparacion es muy usada por los poetas árabes, quienes en el ramo de sobre manera vistoso y flexible de este árbol movido por el viento hallan la imagen de una mujer cuyo tallo esbelto se mueve con gracia.

el templo de la Mecca (1). Este poema se reduce casi todo á elogiar á su amada Abia y á celebrar sus propias hazañas.

No nos estenderemos aquí en la relacion de todos y cada uno de sus gloriosos hechos. Diremos, empero, que á pesar de la contradiccion de los padres y parientes de Abia, que miraban como afrentoso el emparentar con el hijo de la esclava, logró éste al fin su amor y su mano.

Antara tuvo por rival en estos amores al gallardo Omara llamado el Wakkab (2). Hijo de uno los emires ó príncipes mas poderosos de la misma tribu de Abs. Sin embargo, Antara con sus nobles prendas, su ingenio y heroísmo, logró inclinar en favor suyo el corazon de la hermosa Absita.

Las jornadas mas famosas en que se señaló Antara, decidiendo siempre la victoria en favor de su tribu, fueron las de *Daul Morai-quis* (3), *Nabaa* (4), *Alforuc* (5) *Oraer* (6) y otros, cuyos difusos pormenores no caben cumplidamente en el breve cuadro que trazamos.

Después de una vida, llena de mil alternativas, de grandes desventuras y grandes triunfos, de gran humillacion y gran alteza, Antara vió llegar el fin de sus dias con la satisfaccion del que vé realizados sus ensueños de amor y gloria, del que mira cumplirse su destino y mision. La mision de Antara fué la de salvar á sus pueblos en mil ocasiones, la de elevarle á grandeza, gloria y poderío, haciéndole respetar por todos los demas pueblos y tribus del Arabia, fué la de ofrecer á sus compatriotas acciones nobles y heroicas que imitar, la de civilizarlos en fin.

Antara murió hacia el año 615 de nuestra era en edad muy avanzada. En las circunstancias de su muerte no concuerdan los historiadores; pero segun la opinion mas verosímil, fué muerto á traicion por cierto *Wardebu Cháber*, grande enemigo suyo. Los Absitas lloraron amargamente la pérdida de aquel guerrero á cuyas hazañas y generosos sacrificios debian el engrandecimiento de su nacion. La ardiente arena del desierto que tantas veces regó Antara con la sangre de los enemigos de su pueblo; al encerrar en su seno el cuerpo exánime del héroe, sintióse humedecida con las lágrimas de sus amigos y naturales. Cuenta un autor árabe que apenas divulgada la nueva de que Antara habia sido herido de muerte, luego las demas tribus cobraron aliento contra la de Abs, como falta de su apoyo y valedor, y contando con hallarla desprevenida, y aun no recobrada de su duelo y quebranto, marcharon contra ella. Adelantáronse á los demas, 30 de á caballo con intencion de descubrir el terreno y tomar lenguas de sus enemigos; pero al llegar á la entrada de un valle llamado de las Gacelas, reconocieron con terror á Antara, que si bien acababa de espirar, aun permanecia sobre su corcel y cubierto de sus armaduras, como si tratara de cerrarles el paso. Desconcertólos encuentro tan inesperado, y si bien les constaba que el bravo campeon habia sucumbido á sus heridas, temiendo en aquel cuerpo quedase un soplo de vida, á pesar de ser ellos en tanto número, no se atrevieron á acercársele en todo aquel día ni en la noche siguiente. Al rayar el nuevo día, viendo que Antara seguia allí inmóvil, sostenido por su fiel caballo, no dudando ya de que era muerto, se acercaron á él y le contemplaron no sin espanto y asombro, al ver exánime al valeroso guerrero, en cuya presencia habia temblado un día la Arabia entera. Aquellos ginetes se apoderaron de sus armas, como de gran trofeo, mas no pudieron coger á su corcel llamado *Alabchar*, que no sufriendo le cabalgase otro que Antara, huyó á los desiertos. En tanto los Absitas, operciéndose del designio de las otras tribus, mientras sus descubridores se veian detenidos por Antara muerto, lograron ponerse en salvo. (7). Echáronlo de ver los descubridores y se avergonzaron del temor que allí los habia detenido, pero antes de partir, uno de aquellos guerreros, conmovido por la desgraciada muerte del héroe, aunque le habia contado entre sus enemigos, al par que lloraba sobre su cuerpo sin vida, le arengó así. «Loor á ti, defensor de tu pueblo, y que aun después de tu muerte le has protegido con el terror que inspira tu aspecto. Que goce tu alma de las venturas eternas! ¡Qué benéfico rocío riegue la tierra de tu sepulcro!»

(1) Añadiremos aquí á lo dicho antes sobre estos poemas *Muallacas* que se veneraron en la Caba de la Mecca hasta que Mahoma los hizo borrar el día que entró vencedor en esta ciudad.

(2) El liberal ó el magnífico.

(3) Esta batalla se dió por los Absitas y sus aliados los Benu Abdallah Ebn Gathafan contra los Benu Fazar y Benu Morra hacia el año 574 de J. C.

(4) En esta jornada los Absitas vencieron á los *Dzobianitas* sus enemigos, con muerte de su caudillo Nodesta Ebn Bedr, año 576 de nuestra era.

(5) En este lugar, que es un valle situado entre la provincia de Yemama y Bahrein, los Absitas derrotaron á los Benu Sad, poco después de la mencionada batalla de Nabaa.

(6) Nombre de una fuente ó arroyo, en cuyas márgenes los Absitas combatiéron con los Calabitas y les mataron á su caudillo Masud.

(7) Este relato no puede menos de recordarnos la retirada de los cristianos de Valencia con el Cid muerto, y dado que ambos sucesos merecen entera fe histórica, es notable la semejanza con que terminaron sus destinos en la tierra dos héroes tan apartados en las épocas que alcanzaron, pero que tanto se parecieron en su vida y hechos.

Estas noticias sobre Antara las hemos tomado, entre otros historiadores árabes, del autor del *Quitab alaghani alquebir* ó gran libro de las canciones (1) de *Abulfeda* (2) en su historia ante islámica, de Ebn Bedrum en su mencionado comentario al poema de Ebn Abdúm, y particularmente de un antiguo comentario al mismo *Diwan* de Antara ó coleccion de sus poesias (3).

F. JAVIER SIMONET.

## EL EX-MONASTERIO DE LA ESPINA.

### PARTE ARTÍSTICA.

Si en todas las construcciones y monumentos las fisonomías y accidentes de localidad deben estar en correspondencia con el objeto y pensamiento fundamental, las moradas de los monjes de la edad media no podian faltar á esta condicion precisa y cardinal de la filosofía del arte. La índole de la vida contemplativa en las primitivas instituciones, la vocacion de los solitarios, que se consagraban al retiro y á la austeridad, el carácter de los que buscaban acaso la espacion de estravios y desafueros en el seno de la religion, náufragos del mundo llegados al puerto de la calma y de la esperanza, todo esto pues, exijia lugares apartados y de severa, cuanto imponente naturaleza.

Las hondas quebraduras, los montes fragosos, los breñales asperisimos y las selvas seculares donde el paisaje es inculco, formidable y gigantesco, inspiran por su terrible magnificencia ideas enérgicas y poderosas. Porque todas esas decoraciones espontáneas de una vejetacion primitiva producen en la imaginacion impresiones vehementes, disponen el ánimo á cosas graves y tocan con su poesia las fibras de la inspiracion. Los monjes primitivos debian y necesitaban rodearse de objetos y perspectivas, que respirasen rusticidad, dureza y aislamiento, en relacion exacta y directa con la severidad de sus ideas, privaciones y deberes espirituales. El aspecto de las montañas colosales con sus derrumbaderos y asperezas, con su intrusa cabellera de malezas y fragosidades; las hondisimas gargantas, adonde se desgajan los torrentes desde picachos inaccesibles, que apenas permiten divisar un girón del turbio y arrebatado celaje; las solitarias playas del mar, entre cuyos sombríos peñascales se estrellan con estrépito las crepascas olas al empuje enronquecido del vendabal; los bosques insondables, cuyos centenarios árboles asaltan las nubes, para desafiar el rayo, que surca sus corpulentos troncos, y sobre cuya superficie no hay huella de plantas humana, ni mas rumor que el rujido de las alimañas salvajes; todos estos grandes cuadros de la creacion elevan el alma hacia el autor prepotente de tantas grandezas, favorecen la contemplacion, y hablan con vehemencia á los sentimientos mas íntimos y elevados del hombre, por medio de la fantasía. La Batueca y el hospicio del San Bernardo, son mas elocuentes para los ánimos inspirados que la leccion mas espresiva. Y la Espina, asomando sus flechas y cúpulas entre los robledales del despoblado, estaba perfectamente en armonia con lo que debia ser el espíritu verdaderamente escético de los primeros tiempos, para que los monjes se dedicasen á levantar sus pensamientos y exaltarlos á Dios por la abstraccion contemplativa, el desasimiento del mundo y el olvido de sí mismos.

Trazó, pues, San Nibardo el monasterio en el fondo y confluencia de dos valles profundos y sombríos, que corren por medio de los montes (á que dió luego su denominacion), y que forman parte de la inmensa ramificacion de *Torozos*. Dominante por todas partes ágras laderas, cubiertas por recios matorrales de agreste vejetacion. El lugar era muy análogo y característico, y revela tacto en la eleccion.

Los alcázares que habia en estos sitios y servian de morada á la infanta, dándoles el nombre de *Palacios de Doña Sancha*, sirvieron de fundamento á la casa monástica, que fué establecida en ellos. Tenian cuatro alas de edificio, un patio y corredores, donde se colocó la habitacion abacial hasta el año 1375, desde la reedificacion de 1280. A su espalda habia varios aposentos; que desembocaban sobre el corredor del patio; y además otros para hospederia y alojamiento de la servidumbre. Donde hoy está la portada, existia una torre y un grande arco, con habitacion para los moneros y guarda-bosques, sirviendo como de puesto de guardia y defensa de la mansion; y fué todo destruido en 1574, para construir la actual entrada y la cerca. De modo que únicamente la iglesia fué obra de nueva planta; dado que para los demas usos se aprovechó todo el palacio y sus dependencias. Y solamente así se concibe que en dos años, no mas, quedase terminada

(1) Su autor *Abulfarag Ebn Husein* el Ispahanense, célebre escritor y colector de los monumentos mas importantes de la antigua poesia árabe, que murió en el año 536 de la egira (967 de J. C.)

(2) Famoso historiador y príncipe de Hama en Siria.

(3) Se halla en un códice de la biblioteca del Escorial, que contiene además los divanes de los célebres poetas *Amrulaia*, *Annabgha*, *Zohair*, *Alcama* y *Tharafa*, con sus comentarios.

la fundación y los monjes instalados en el establecimiento, cuando duró veinte y nueve la reedificación. Lo cual quiere decir claramente que el palacio fué entonces el verdadero monasterio, sin hacer en él mas que las reformas y arreglos precisos á su nuevo destino. Así permaneció sobre ciento y sesenta años, hasta la época de D. Martin Alfonso, que tomó á su cargo la reconstrucción. Y como sin duda la primitiva iglesia era mezquina y hecha ligeramente, empezó las obras por la construcción de su templo costoso y magnífico, que prosiguió y terminó D. Juan Alfonso, y repararon luego los Abades conforme al gusto y conveniencia sucesiva, ganando poco en esto la traza fundamental y la armonía de la fábrica. Su planta es un crucero, cuyo pie forma la nave principal, á cuyos costados corren dos claustros ó naves menores. Toda esta parte es gótico bizantino, de excelente gusto y ejecución. Los arcos ojivos están sostenidos por esbeltos y delicados pilares de columnitas agrupadas, que reciben las soberbias bóvedas de sillería en una considerable elevación. Este trozo y la cabeza del crucero, que conserva igual tipo arquitectónico, con la posición de obra mas antigua, (de 1275 á 1285) exceptuando las naves pequeñas que con las últimas capillas fueron producto de las obras sucesivas, empezadas posteriormente (1540) y terminadas (en 1560) por el infante Alburquerque. Bien se conoce la diferencia del gusto. En estas construcciones ya se encuentran arcos rebajados y bóvedas de junquillos, que hacen conocer lo que habia ganado la escuela gótica en ornamentación y variedad, aunque todavia conservan la reminiscencia del arte lombardo en el corte de la arquería y el perfil de los cascarones.

El centro del crucero le forman tres hemicírculos de orden corintio, que hacen allí un injerto bastardo y absurdo. Débese á cierto abad, que juzgando obscura y pequeña la capilla mayor construida por D. Martin, hizo derribar (1546) reemplazándola con la actual y destruyendo el conjunto artístico del templo. Tambien se hicieron entonces las capillas colaterales de San Juan Bautista y San Juan Evangelista, y el cimborrio del crucero, terminándose todo en 1558. La iglesia no obstante era suntuosa y bella; y esos lunares de estilo desaparecían ante el bizarro goticismo de la perspectiva general, con la gallardía de las haces, la ligereza de las ojivas y líneas elípticas y el efecto grandioso de la decoración.—Siguió en orden á las obras de reconstrucción la bella capilla titulada de los Vegas, para enterramiento de familia, y que es de una ornamentación rica y bien ejecutada, por los años de 1395.

En esta ocasión fué construido tambien el retablo mayor, que era obra notable por ser de alabastro, con grandes medallones, de alto relieve, bien ejecutados en aquel magnífico material. Tambien se construyeron entonces los sarcófagos para la fundadora y reedificadores, con estatuas y urnas de piedra y sendo cuerpo de arquitectura. El de la infanta Doña Sancha, de bulto sobre el presbiterio, al lado de la epístola la hermana de D. Martin Alfonso, y D. Martin Gil y al del evangelio la de D. Juan Alfonso de Alburquerque y su esposa Doña Isabel de Meneses. La coronación es de gusto plateresco: pero las esculturas deben tener mayor antigüedad por su escaso mérito. Consagróse esta nueva obra por el obispo de Salamanca en domingo á 28 de Mayo de 1560.—La capilla para las reliquias y custodia de la Santa Espina fué construida por el monasterio, y tuvo de gasto la suma de 200,000 rs. Su estilo de arquitectura recargado y decadente, como el arte en aquella época, no tenia mas mérito que su inmenso coste material. La colocación de las reliquias en ella tuvo lugar á 29 y 30 de Abril y 1.º de Mayo de 1653.

La fábrica del monasterio duró muchísimos tiempos, y puede muy bien decirse que no cesó hasta mediados del siglo pasado. Los monjes continuaron su casa, desde el estado en que la dejaron los Alburqueres, con infatigable perseverancia; y cada prelado como que hacia punto de honra en dejar recuerdo de su administración. Vastísimo es por consecuencia el edificio, y falto de unidad y carácter artístico. Lo mas notable que tiene en su interior son dos patios de sillería y de formas greco-romanas, y que son construcciones posteriores al Renacimiento. Constan cada cual de dos cuerpos, en el uno ambos dóricos, y en el otro toscano el inferior y jónico el superior; y hacen un claustro bajo abierto por una serie de arcos, cuyos claros estan corridos por un barandaje, y un corredor alto, con balconaje y arquería respectivamente. Su planta es cuadrada; las fachadas están guarnecidas con pilastras, columnas y demas constitutivos de composición. La vista exterior de la iglesia situada sobre el ingreso de la casa, es obra muy moderna y de bastante buena traza y perspectiva. Compónese de un frente dividido en tres cuerpos que flanquean dos torres iguales. El segundo y tercero constan relativamente de un alzado de columnas resaltadas, con basamentos corridos, sin mas diferencia que ser el primero jónico y el segundo corintio, que está sobre-puesto por un frontón triangular y sostenido por castelas sencillas. ¡Lástima que le hayan recargado con un adorno supérfluo, que trasciende á barroquismo, como algun otro adinámico. Las agujas se alzan sobre cuerpos

con ribetes almohadillados; componiéndose luego de tres tramos dóricos; el primero cuadrangular, y el segundo octógono resaltado por medias pilastras, cañados por medios puntos, y coronados por balaustradas; con flanceros, y cubierto el mas alto por una campánula ó cimborrio, sobre el cual monta la linterna, rematada en graciosa pirámida.

El aspecto exterior del monasterio con sus cercas almenadas, con sus cubos, que las resaltan en torno; con su portada al simil de torreado baluarte, presenta el carácter feudal de la edad media, cuando las abadias señoriales hacían frente con las fuerzas á su orden y sueldo mantenidas, contra las guerras y banderías de aquellos intrincados y turbulentos tiempos.

VENTURA GARCIA ESCOBAR.

## EL JUJERO PITAO.

(Conclusion.)

XXIV.

Oh! cuánto la sonrisa es inefable  
De los nobles é intrépidos varones  
Frios del malo al ceño formidable  
O á sus caricias y soberbios dones,  
Que de raza vencida y miserable  
Templaron con afán las aflicciones,  
Por ella pertinaces abogaron,  
A los reyes por ella desafiaron!

XXV.

Suave, hechicera, la aureola brilla  
De las puras, tiernísimas mujeres,  
Altos modelos de virtud sencilla,  
Que desdeñando aliños y placeres,  
Los sitios buscan do maltrata, humillas  
Dolencia cruel á los humanos seres,  
Y do el jay! es mayor, mas la tortura,  
Mayor es el afán, mas la dulzura!

XXVI.

Con ellas vese multitud gloriosa  
De modestos y heroicos misioneros,  
Que de Jesus por la moral preciosa  
Truecan la muerte con salvajes fieros;  
Los que la luz de caridad hermosa  
Entre abismos encienden placenteros,  
Del bien los generosos campeones,  
Los que vierten verdad á las naciones.

XXVII.

Lívido el rostro que trastorna el miedo,  
De rabia intensa henchida la mirada,  
Nótanse allí los que el divino dedo  
Ha de mandar á la infernal morada,  
Como florido, luminoso, ledo.  
Brilla un islote en mar alborotada,  
Tal la hueste de justos venturosa  
En la de malos multitud odiosa.

XXVIII.

¡Cómo tiembla el perjuro libertino  
Al contemplar rameras asquerosas  
Virgenes do brilló pudor divino  
Ahogado en sus caricias licenciosas!  
¡Cómo preven y lloran su destino  
Los que con torpes páginas, odiosas,  
Las almas de pureza y fé privaron  
Y de toda inmundicia las colmaron!

XXIX.

Amigo hueco con afán buscando,  
Espeluznados, locos de pavora,  
Hieren la vista los que en gozo infando  
Se inchieron al manchar la niñez pura.  
En seres viles ángeles trocando  
Que Dios miró con especial ternura,  
Te preparabas, ó fatal ralea,  
La mayor pena que el infierno crea.

## XXX.

Turbia la vista con vapor sangriento  
Ven reyes cien ciudades abrasadas,  
Campos y campos do su vil sustento  
Hallan en hombres cuervos á bandadas,  
En sangre tinto el líquido elemento,  
Ay! en cenizas mieses mil trocadas,  
Huérfanos, viudas que enlutó la guerra  
Por su ambición de un palmo mas de tierra!

## XXXI.

Vertos de espanto aguardan tu sentencia  
Los que, de furia insana arrebatados,  
En tu nombre, pre-pto de clemencia,  
Reinos, Jesus, dejaron asola los,  
Encadenaron a la angusta ciencia,  
Y entre hogueras y muertos hacinados  
Rieron con estúpida alegría:  
También cual nunca Satanás reía!

## XXXII.

¡Con cuánta angustia ven los opresores  
Victimas solo, victimas sin cuento!  
Contemplan por do quer acusadores,  
Por do quier imposible el salvamento  
Así infeliz que entrega á los furios  
Del Océano borrascoso viento,  
Do quier se vuelve con anhelo fuerte  
Olas y olas sin fin no mas advierte!

## XXXIII.

¿Qué lengua podrá dar ni leve idea  
Del múltiplo dolor con que el judío  
Mide por fin su culpa enorme y fea,  
Dios reconoce á quien clavára impío?  
Ruje, y Satán, que en lamentos se recrea,  
Aun tenaz en su ciego desvarío,  
Al contemplarse ante Jesus postrado,  
Ruje tambien, de furia arrebatado.

## XXXIV.

En refulgente trono deslumbrante  
El hijo de María al fin se sienta:  
Dos ángeles se muestran al instante  
Y cada cual un libro le presentan.  
Risueño del primero es el semblante  
Como jardín que su riqueza ostenta;  
Templo que alumbraba sol ya moribundo  
Trae á la mente el rostro del segundo.

## XXXV.

Abre Jesus las páginas de vida  
Que luz exhalan deliciosa, suave,  
Como el fagor que encuba la florida  
El matutino sol derramar sabe.  
La mano que en el Gólgota fué herizada  
Hojea de la muerte el libro grave,  
Y campo, como en sangre enrojecido,  
Se desprende con lágubre crujido.

## XXXVI.

Cual un señor en mieses opulento  
Ve como sus activos labradores  
Depaja vil, á llamas alimento,  
Presto separan granos bienhechores,  
Mira el hijo del rey de firmamento  
Cuál los ángeles, fieles servidores,  
A los justos congregan á su diestra,  
De los réprobos forman su siniestro.

## XXXVII.

Almas felices que de amor bendito  
Probasteis las delicias divinales,  
Dilataos con júbilo infinito:  
Vais á vivir unidas, inmortales!  
Amantes que imp listeis al delito  
Mujeres harto tiernas y leales,  
Solo en idea aterra vuestro duelo:  
A caros séres arrancais el cielo!

## XXXVIII.

Habla Jesus: b'andísima dolzura  
Su voz envía al alma y los sentidos:  
«Vosotros que templasteis mi hambre dura,  
Me abrigasteis los miembros ateridos,  
Doliente me asocorsteis con ternura,  
O de J-hová dichosos escjidos,  
Venid, veid á su mansion riente  
A gozar de su vista eternamente.

## XXXIX.

«Hijos de la soberbia y la dureza,  
Que n-gasteis oído á mi lamento,  
Y de noche invernal en la crudeza  
A mis helados miembros aposento,  
Los que renusasteis con brutal fiereza  
A mis ansiosos labios alimento,  
Y tú, Luzbel, enjendrador de males,  
Id por siempre á las llamas infernales».

## XL.

«¿Cuándo, Señor, tan venturosos fuimos,  
(Esclama la leñon bendita) cuando,  
Que á tus rescos lábios agua dimos,  
Y á tus miembros can-ados lecho blando,  
Ni placenteros sonreír pudimos  
Tus desnudas espaldas abrigando,  
O á los furios de tu cruel dolencia  
Nuestros desvelos dieron resistencia?

## XLI.

«Mi dulce grey, el Redentor contesta,  
Al presentar apoyo al desvalido,  
Caridad n ble haciendo manifiesta,  
Yo el cohorte, el alivio he recibido.  
Vil multitud, cuando crueldad funesta  
Tu pecho heló y dejaste eohambrecido  
A hijo mio que sin pan veías,  
A mi, perversa, en tu ceguera herías.»

## XLII.

Súbito aullando de manera horrible,  
De fétida calijine c-r-cada,  
Al abismo de lágrimas terrible  
De rumbase la chusma condenada  
Tal un día, á la voz irresistible  
De Jesus, á demonios entregada,  
Multitud de almaña-a-querosas  
Abismóse en las ondas procelosas.

## XLIV.

Hosanna! Hosanna! el juicio ha terminado!  
Entre música y voces de victoria,  
De lumbré tan espléndida c-r-rado  
Cual nadie vió en su vida transitoria,  
De -antos y querubens rodeado,  
Sube Jesus á la mansion de gloria,  
Y comienzan los himnos de alabanza  
En éxtasis de eterna bien andanza!

EMILIO BLANCHE

Matanzas,—Cuba.) Abril 16 de 1833.

## FABULA.

Cien onzas en el juego  
perdió un bellaco,  
y porque una era falsa  
salió bailando.

Creen los necios,  
que amínoran su daño  
con el ageno.

EDUARDO GASSET.

Director y propietario, D. Angel Fernandez de los Rios.

Madrid.—Imp. del SEMANARIO DE ILUSTRACION, á cargo de D. G. Albarran.